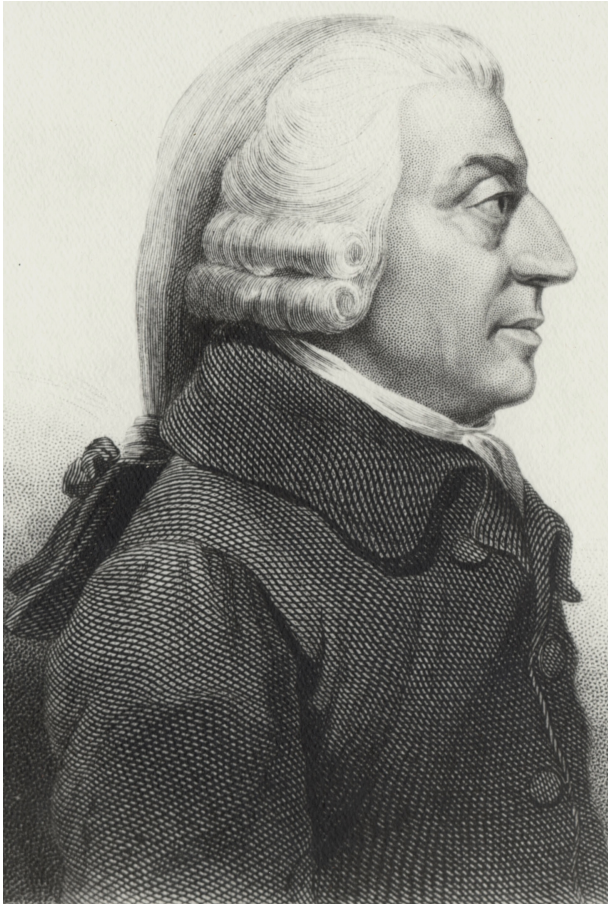

La Primera Situación Clásica de Economía Política y sus Prolegómenos

Manuel L. Cordoní

Universidad Nacional de Tucumán
Facultad de Ciencias Económicas
Instituto de Investigaciones Económicas

2009 Manuel L. Córdmí
Av. Independencia 1900 (T4000)
Tucumán, Argentina.

*Al Dr. ISIDRO PERIANES
pionero de la cirugía cardiovascular*



Adam Smith
(1723 – 1790)

Prólogo

Como parte de mis obligaciones docentes de Profesor Titular Full Time en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Tucumán se me encomendó durante el período 1995-2009 el dictado de un seminario de posgrado de Historia del Pensamiento Económico. Este seminario se dictaba durante el primer cuatrimestre del año lectivo con un total de treinta horas de duración.

Los asistentes a este seminario probaron ser graduados de las disciplinas más variadas: administración, biología, contabilidad, derecho, economía, filosofía, genética, matemática y sociología. Ello presentó el problema de la búsqueda de aquel material que tornara viable y útil el paso de una audiencia tan heterogénea. En la presunción de que había que minimizar el requerimiento de una formación previa en economía llegué a la conclusión de que lo más apropiado era trabajar sobre una Introducción a la Economía por la vía de la historia de su desarrollo como ciencia; habiéndose escogido para este propósito el período que va desde la antigüedad hasta lo que ha venido a denominarse la Primera Situación Clásica. Más precisamente: aquel lapso de cinco siglos acotado por la aparición de las obras **Suma Teológica** (1270) de Santo Tomás de Aquino y

La Riqueza de las Naciones (1776) de Adam Smith.

La lectura del material destinado a este seminario motivó que escribiera algunos artículos sobre temas específicos que fueron publicados entre los años 2003 y 2007 en las revistas INDICADORES ECONÓMICOS Y SOCIALES de la Universidad Nacional de Tucumán y PROPUESTAS ECONÓMICAS Y SOCIALES de la Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino. Estos artículos se publican ahora no en el orden cronológico en que aparecieron sino en el orden que se considera más apropiado a una visión gradual del desarrollo de Economía como ciencia. En algunos de ellos se reinsertaron algunos párrafos o pasajes que fueron suprimidos por razones de tipo editorial. Se agregan además dos ensayos sobre Adam Smith que, ya preparados, se encuentra apropiado publicar ahora en este folleto. Este material se completa con un listado por orden alfabético de los graduados que recibieron su diploma y una bibliografía con la que, advertirá el lector, se tiene una gran deuda.

Cuando estos artículos fueron publicados siempre se destacó el financiamiento de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la UNT, que ahora se reitera y agradece, en cuyo programa de incentivos he estado siempre presente. Mi reconocimiento y manifestaciones de aprecio por la labor en la procesadora de textos de nuestra secretaria Marta del Pino de Oliver y el trabajo editorial de Santiago Foguet.

M.L.C.
Agosto de 2009

Índice general

Prólogo	i
Índice general	iii
1 El pensamiento escolástico	1
2 Los panfletistas	5
3 Mercantilismo	15
4 William Petty	21
5 Richard Cantillon	27
6 Fisiocracia	35
7 Adam Smith I	41
8 Un teorema de Adam Smith	49
9 Adam Smith II	53

Seminario de Posgrado	63
Bibliografía consultada	65

Capítulo I

El pensamiento escolástico y los albores de la economía

“Summa Teologica representa en la historia del pensamiento lo que la aguja sudoeste de la catedral de Chartres es para la historia de la arquitectura”.

(Joseph A. Schumpeter)

Después de la caída del Imperio Romano, en las postrimerías del siglo V, se inició en Europa Occidental un período de decadencia. Los reinos que habían asimilado los modos romanos (lombardos, francos, ostrogodos, visigodos) no volvieron al nivel de actividad históricamente desplegada y cayeron en un largo período de decadencia. Esta crisis se vio agravada por las invasiones vikingas del norte, los sarracenos desde el sur y los magiares desde el este. La organización político-militar que surge del feudalismo contribuyó a la seguridad de las fronteras de Europa. Un nuevo orden reemplazó al desorden preexistente y ello dio lugar a un sostenido crecimiento de la población y la producción en los siglos X, XI, XII y XIII.

Progreso y tranquilidad son ingredientes importantes para sentarse a pensar. En este aspecto debe destacarse que la Iglesia Ca-

tólica Romana mantuvo el monopolio del conocimiento hasta el Renacimiento. No había espacio ni seguridad para el académico profesional excepto dentro de un convento. Los intelectuales de entonces eran monjes o frailes. Un punto esencial que debe tenerse en cuenta es que la Iglesia no fue simplemente un órgano de la sociedad feudal sino además un organismo diferente que mantuvo su poder por mérito propio; nunca renunció a su autoridad y jamás se transformó en el instrumento de esta o aquella clase. En una época en que las nacionalidades no tenían el significado que habrían de tener en el siglo XVI, la Iglesia ya poseía una cobertura francamente internacional: su ámbito era la cristiandad y la Iglesia su gobierno. Dentro de este clima habría de nacer el movimiento escolástico, término con el que vino a designarse a los hombres de ciencia durante el medievo (Shoolmen, Scholars, Doctores Scholastici, Académicos). Tal vez sea apropiado recomendar que el término Doctores Escolásticos se considere equivalente al de profesores universitarios; por así decirlo: Santo Tomás era un profesor universitario.

Cuando la atención se centra en los puntos de vista sobre cuestiones de economía del pensamiento escolástico, conviene considerar los siguientes períodos en que divide Schumpeter la evolución del pensamiento escolástico: (a) desde el siglo IX a fines del XII, (b) el siglo XIII; (c) desde el siglo XIV al XVII.

Desde el siglo IX al XII. Este período se caracteriza por el comienzo del pensamiento escolástico y su posterior desarrollo. Aparte de cuestiones relacionadas con la teología, se ocupó de la filosofía del conocimiento. No existen reflexiones o discusiones de cuestiones de análisis económico en los líderes de esta época: Duns Escoto, Abelardo, San Anselmo y Juan de Salisbury. Debe recordarse aquí que, al igual que los filósofos griegos, los doctores escolásticos no consideraron a la economía como una disciplina autónoma, sino una rama de la filosofía moral (o teología moral).

El siglo XIII. Es el período clásico del escolasticismo. Se distinguen dos corrientes: la que integran Grosseteste, Alexander of Hales, San Buenaventura y Duns Escoto (Escuela Franciscana), por

una parte, y Alberto Magno y su pupilo Santo Tomás de Aquino (1225–74) (Escuela Dominicana) por la otra. La creación del Sistema Clásico fue la contribución de Santo Tomás únicamente. Un aspecto de importancia considerable para la historia del análisis económico y sociológico es la resurrección del pensamiento aristotélico. Aristóteles se transformó en ‘el filósofo’, el maestro universal y casi toda la tarea de Santo Tomás fue la de exponerlo a sus estudiantes y al público en general, y comentarlo. Su obra *Suma Teológica* (1270), según Schumpeter, representa en la historia del pensamiento lo que la aguja sudoeste de la catedral de Chartres es para la historia de la arquitectura.

Cuando Santo Tomás se propone discutir los pecados vinculados con el intercambio le resultó de suma utilidad los puntos de vista de Aristóteles en materia de Ética, en particular su obra *Ética a Nicómaco*. Problemas económicos como lo son el del justo precio, el interés del dinero, el tratamiento de los comerciantes y, desde luego, la propiedad privada, que habría de desarrollar Santo Tomás en relación a la pregunta: ¿qué debería hacer un buen cristiano? no se entienden en forma cabal sin un mínimo conocimiento del “Corpus” aristotélico. Así, sus opiniones sobre el justo precio se apoyan en argumentos aristotélicos vinculados con la justicia conmutativa; aunque debe recordarse aquí la idea de Duns Escoto de relacionar el justo precio con el costo. Del mismo modo, siguiendo a Alexander of Hales y Alberto Magno, Santo Tomás condenaba el interés por ser contrario a la justicia conmutativa; aunque son importantes sus atisbos por los que justifica una compensación para el prestamista en situación de riesgo, disturbio, expropiación o empréstito forzoso y, en especial, mora. En relación al comercio y sus ganancias sigue con el temperamento aristotélico aunque considerablemente atemperado pues justificó (Santo Tomás) ganancias cuando esta actividad es el medio de vida de la persona involucrada, haber mejorado el artículo que vende, o es el fruto de un arbitraje o remuneración a un riesgo. En cuanto al derecho de propiedad no lo consideraba contrario al derecho natural sino una invención de la raza humana.

Desde el siglo XIV al siglo XVII. La mejor descripción de la contribución a la economía del pensamiento escolástico de este período está muy bien resumida en el siguiente párrafo escrito por Schumpeter: “Si bien la economía y sociología de los doctores escolásticos de este período fue, en esencia, no más allá que las doctrinas del Siglo XIII más elaboradas; la economía ‘pura’ que habrían de entregar a sus sucesores laicos fue, prácticamente en su totalidad, una creación propia. Es dentro de sus sistemas de teología moral y derecho que economía obtuvo una definitiva o tal vez separada existencia, y son ellos lo que llegaron más cerca que ningún otro grupo a ser los fundadores de la economía científica” (History of Economic Analysis, p. 97). Es en este período que la distinción aristotélica entre valor de uso y valor de cambio se profundizó y desarrolló en una teoría subjetiva, fragmentaria, pero genuina, del valor de cambio o precio; se señalaron todos los factores determinantes de los precios aunque no lograron integrarlos en una teoría completa de la oferta y la demanda.

En cuanto a la posibilidad de cobrar una tasa de interés por parte de los oferentes de préstamos, particularmente bajo los argumentos del daño emergente o lucro cesante y en especial el predominio de las ganancias obtenibles con el dinero obtenido en préstamo (*contractus trinus*), ella se tornó más evidente a medida que los mercados financieros empezaron a proliferar y perfeccionarse. Por tal motivo merecen el crédito de haber catapultado la teoría moderna del interés. Finalmente, y esto está relacionado con la preocupación inicial de los pensadores escolásticos, en 1828 una circular de la Iglesia instruyó a los confesores no perturbar a los penitentes que cobraban interés a las tasas normales de mercado. Se rescatan como importantes para este período las siguientes figuras: Nicolás Oresme (Siglo XIV); San Antonino de Florencia (Siglo XV); John Major, Domingo de Soto, Martín de Azpilcueta (Doctor Navarro), Tomás de Mercado, Luis Molina, Juan de Lugo y Leonard de Leys Lessius (Siglos XVI y XVII).

Capítulo 2

Los panfletistas

“La Economía Política de la Primera Situación Clásica tiene una deuda considerable con ellos”.

(Joseph A. Schumpeter)

Las palabras panfleto y panfletista se usan en este trabajo como las equivalentes en castellano de las palabras inglesas pamphlet y pamphleteer. En realidad debió haberse usado las palabras folleto y folletista que son las que por traducción corresponde. Pero éstas no eran muy eufónicas por lo que se resolvió mantener las primeras asumiendo la responsabilidad de cometer un galicismo. Pero aquí no termina la cosa, la palabra panfleto no significa en español folleto sino libelo o sea un escrito infamatorio. Ante este dilema se decidió continuar con el temperamento adoptado, advirtiendo al lector que no existe nada condenable en el material que se comenta y que sus autores son todos buenos muchachos.

En las postrimerías de la Edad Media y en estrecha relación con la formación de los estados modernos y el descubrimiento de América, Europa presenció una serie de fenómenos de tipo económico sobre los que no había un cuerpo teórico apropiado para su interpretación. Ello dio lugar a consultas, estudios, presentaciones,

2. Los panfletistas

etc. sobre aspectos puntuales de Economía Política y, como consecuencia de ello, la aparición de lo que se ha venido a denominar la literatura panfletista. Schumpeter se refiere al mismo del siguiente modo:

“Los panfletistas fueron un conjunto heterogéneo: proyectistas de bancos, canales o emprendedores aventureros, personeros a favor o en contra de los intereses de ciertos sectores, tales como la Compañía de los Comerciantes Aventureros o la Compañía de las Indias Orientales; defensores o enemigos de ciertas medidas o políticas; planificadores –a menudo chiflados– con ideas quiméricas; y hombres que no pertenecían a algunas de esas categorías sino que simplemente deseaban presentar o analizar alguna cuestión” (History of Economic Analysis, pág. 160).

Como deberíamos esperar, este tipo de material proliferó en todos los países europeos pero sin lugar a dudas fue en Inglaterra donde habría de alcanzar su máxima expresión, hecho atribuible según algunos autores a que había pocos lugares en el mundo con incentivos tan altos para tratar de influir en la opinión pública. Al respecto vale la pena señalar aquí que un ciudadano londinense, un tal Joseph Massie, quien en 1750 publicó un panfleto titulado: “Ensayo sobre las causas que gobiernan la tasa natural de interés, en el que se consideran las opiniones de Sir William Petty y Mr. Locke sobre este asunto”, había formado hasta ese momento una colección de 2.377 especímenes de este tipo.

Como en muchos órdenes de la vida no existe una idea clara de cual es el principio u origen de la literatura panfletista y ciertamente ésta continua hoy en día. La impresión que se tiene sobre este asunto aconseja referirse a aquella literatura sobre aspectos puntuales de economía previa a la emergencia de los “Sistemas” o visiones totalizadoras de nuestra ciencia, que puede muy bien

considerarse ocurrieron a mediados del siglo XVIII. De seguir este criterio la cantidad de panfletos elegibles se reduce notablemente y si a ello se agrega la condición de que debe tratarse de ejemplares cuyo contenido implique una contribución importante al desarrollo de la economía como ciencia tal vez sea cierta la afirmación de Schumpeter que su número no excede un par de docenas.

Por regla general la aparición de un panfleto, si es que habrá de tener importancia para el desarrollo de nuestra ciencia, debe estar asociado con algún fenómeno económico o con el conflicto de intereses que implicaría la implantación de una reglamentación o medida legislativa. Desde este punto de vista puede advertirse que los primeros panfletos que merecen ser señalados están relacionados con la cuestión monetaria. Aún durante las postrimerías de la Edad Media puede discernirse la preocupación de los pensadores eclesiásticos por los problemas que la circulación de la moneda metálica de oro o plata traía consigo. Era común observar monedas de oro que en el proceso de su circulación eran sometidas a procedimientos mecánicos destinados a la sustracción de algunos gramos de su peso los que vinieron a conocerse como “sudado” o “recortado”. También había otros procedimientos para apropiarse del oro o plata de las monedas, esta vez al alcance del soberano, que en ocasión del acuñado de nuevas monedas disminuían el contenido de su metal fino mientras que preservaban su denominación lo que conducía a la circulación de monedas desbastadas. Se trata de un procedimiento que se practicaba en forma reiterada con la consiguiente disminución paulatina del contenido de metal fino a medida que se producían nuevas emisiones. Eduardo A. Zalduendo reporta en su obra: “Breve Historia del Pensamiento Económico”, 3ra. edición, la siguiente experiencia en Francia: “Juan II (que reinó de 1350 a 1364 y fue padre de Carlos V) modificó 18 veces la moneda de oro y 86 veces la de plata” (pág. 34). Importa mucho esta experiencia histórica pues debió haber sido presenciada por Nicolás Oresme, obispo de Lisieux, que vivió entre los años 1320 y 1382, y que en 1360 escribió un libro que se considera un panfleto de

muy buena calidad titulado: “Un tratado sobre el origen, naturaleza, leyes y alteraciones del dinero”. La obra de Oresme trata de numerosas cuestiones relacionadas con la emisión de moneda metálica: sus materiales, formas, quien tiene la obligación de su acuñado, a quien pertenece, quien debe pagar los gastos de acuñado, las alteraciones (cambio de forma, cambio de proporciones, cambio de nombre, cambio de peso, cambio de materiales, cambios combinados); en uno de sus capítulos, el capítulo 15, dice que las ganancias que obtiene el Príncipe de las alteraciones en el acuñado son injustas y en el capítulo 17 que estas ganancias son peores que la usura.

En los siglos XVI y XVII los países de Europa experimentaron una suba de los precios de alrededor del 2% anual como consecuencia de la entrada del oro procedente de América, fenómeno que fue conocido como la “Revolución de los Precios”. Dentro de este contexto histórico no cabe duda alguna que esta moderada inflación (los precios se septuplicaban en un siglo) haya despertado interrogantes sobre la naturaleza de sus causas. Tal es el motivo por el cual se le encomendó a Jehan Cherruyt de Malestroict, un funcionario francés de la Casa de Monedas (Cour des Monnais), un estudio sobre esta suba de precios. Malestroict presentó sus conclusiones en un panfleto titulado: “Paradojas sobre el curso del valor del dinero” (1566). Se trataba de un panfleto, hecho con bastante ingenio, en el que Malestroict concluía que la suba de los precios era imputable al desbaste que había experimentado la moneda metálica circulante. Esta conclusión provocó la respuesta de un jurista contemporáneo suyo, Jean Bodin, mediante un panfleto titulado: “Respuesta a las paradojas del Señor de Malestroict referentes al encarecimiento de todas las cosas y de la moneda” (1568). En este panfleto Bodin cuestiona que el desbaste haya sido la causa única y estableció otras causas del aumento en los precios: monopolios, derroches, consumo suntuoso, pero termina afirmando que “la principal razón” causante del aumento de los precios es la abundancia de aquello con lo que se evalúa el precio de las cosas (i.e.

el incremento en la oferta de monedas de oro y plata). Esta última expresión ha sido considerada por muchos autores como la primera formulación explícita de la Teoría Cuantitativa de la Moneda.

Dentro de este orden de ideas es oportuno presentar aquí un panfleto publicado en 1581, cuyo autor está identificado con las iniciales W.S.: “Discurso sobre el bienestar común de este Reino de Inglaterra”. La identificación del autor ha sido motivo de importantes trabajos de investigación entre los que se destaca el de la Srta. E. Lamond de 1929 quien afirma que este panfleto fue escrito en 1549 y que John Hales fue su autor. Otros investigadores asignan la autoría a Sir Thomas Smith. De todas formas hay una nota agregada con motivo de su publicación en 1581 que enuncia en forma explícita y clara lo que se considera la primera versión de la Teoría Cuantitativa de la Moneda. Este panfleto es sorprendente en otros aspectos del desarrollo del pensamiento económico; en la forma de un diálogo (como los de Platón) entre un profesor de teología, un agricultor, un artesano (fabricante de sombreros) y un funcionario público se discute el problema del aumento en el precio de las cosas y entre los candidatos responsables de este fenómeno se refieren a la proliferación del cercamiento de las tierras (transformación de tierras para cultivos en tierras para pasturas). Entre los argumentos y medidas que se discuten figura el dictado de leyes tendientes a ejercer algún género de control legal sobre este proceso, iniciativa que es replicada con el argumento de que el cercamiento es una respuesta a las medidas existentes de control a los precios del trigo y que lo mejor que puede hacerse es crear suficientes incentivos de lucro para inducir un aumento en el área cultivada; uno de los interlocutores de este diálogo exclamaba: “Si encuentran más ganancias en las pasturas ellos (los agricultores) transformarán tierras arables en pasturas” argumento que, por otra parte, apunta hacia la futilidad de legislar sobre este asunto. Muy iluminante, si se considera la época en que este panfleto fue escrito.

El siglo XVII fue particularmente propicio para la producción de panfletos del tipo que nos ocupa. Exactamente a comienzos de

este siglo se crea en Inglaterra la Compañía de la Indias Orientales; organizada bajo la forma de una corporación de comerciantes dedicados al comercio de ultramar, esta corporación fue muy influyente en las políticas de Inglaterra en materia de comercio exterior en los dos siglos que siguieron a su creación. Dentro del marco de la política mercantilista que seguían las principales naciones del mundo en esa época y de la existencia de controles estrictos a los movimientos internacionales de oro y plata apareció en 1622 un panfleto escrito por Gerard Malynes titulado: “El mantenimiento del comercio libre”. Malynes ya había escrito otro panfleto con anterioridad: “Un tratado sobre la llaga de la comunidad inglesa” (1601). En estos panfletos Malynes abogaba por el control del tipo de cambio con lo que se evitaría que éste se desviara de un nivel apropiado para la obtención de un flujo de oro que se tradujera en una mejora sostenida en los términos del intercambio, mejorase la rentabilidad de la industria y aumentara la ocupación. La propuesta de Malynes apuntaba a la reapertura de la oficina del Cambista Real (King’s Exchanger) con la esperanza que de ocurrir esto él podría ser considerado un candidato elegible para dicho cargo. Bien dice el refrán que para tener un hijo o una controversia hacen falta dos partes, lo que en este caso así ocurrió. Las ideas de Malynes encontraron resistencias entre los comerciantes de la Compañía de las Indias Orientales que, dicho sea de paso, tenía un fuerte déficit en su balanza comercial con India que tenía que sufragarse con importantes remesas de oro hacia aquel país. Dentro de esta Compañía existía la Comisión de Cambios integrada, entre otros, por comerciantes tan notables como lo fueron Edward Misselden y Thomas Mun a los cuales les fue encomendada la misión de refutar los argumentos de Malynes. De esta manera aparecieron el panfleto de Thomas Mun “Exposición sobre el comercio de Inglaterra a las Indias Orientales” (1621) y los de Misselden “Comercio libre” (1622) y “El círculo del comercio o la balanza comercial” (1623). De esta controversia se rescata como importante la obra de Mun, no solamente por la tesis de sus argumentos para defender los déficits de su Compañía con

India sino porque su “Exposición” fue un tema que le preocupó el resto de su vida y que, en definitiva, condujo a la aparición del libro: “El tesoro de Inglaterra por el comercio exterior”, publicado en forma póstuma en 1664. Este libro merece un lugar especial en la literatura panfletista porque se trata de la versión más aproximada a una obra completa de Economía Política tanto por la forma en que éste fue organizado como por la calidad de sus argumentos, muy superior a los de sus contemporáneos. También merece señalarse aquí que esta obra fue elegida por Adam Smith como representante de la exposición más acabada del pensamiento mercantilista.

Un episodio interesante vinculado con el tema que se trata está relacionado con la aparición de un panfleto de Thomas Culpepper titulado “Un folleto contra la alta tasa de usura” (1621). Conviene advertir aquí que en esta parte del siglo XVII la controversia giraba en torno a cual sería la tasa legal de interés (que era entonces del 6 % anual) y si ésta debería ser reducida. Mientras esta controversia tenía lugar uno de los partidarios de la baja en la tasa legal de interés, Sir Josiah Child, publicó el panfleto: “Breves observaciones sobre el comercio y el interés monetario” en 1668, acompañado con una reimpresión del folleto de Culpepper, en el que abogaba por una baja en la tasa legal de interés al 4 %. Si bien se trataba de una escaramuza preliminar conviene señalar que el panfleto de Child motivó una respuesta de poca o ninguna trascendencia por parte de John Locke en el mismo año con un panfleto titulado: “Algunas de las consecuencias que pueden ocurrir de una baja del interés al 4 %”. Si bien esta iniciativa fue rechazada por la Cámara de los Lores importa este temprano enfrentamiento para conocer la filiación institucional de los intervinientes: Josiah Child era un comerciante dedicado al aprovisionamiento de barcos y un reconocido especialista en asuntos navieros, con algunos contactos con la Compañía de las Indias Orientales en la que se incorporó como Director en 1674 y Gobernador en 1681, mientras que John Locke se había incorporado al personal asesor de Lord Shaftesbury, a la sazón Ministro de Finanzas (Chancellor of the Exchequer). La con-

troversia recrudesció con la aparición de una versión revisada del panfleto originario de Child titulada: “Un nuevo discurso sobre el comercio”, con fecha de aparición 1693 pero que obviamente ya estaba disponible con anterioridad pues motivó una réplica de John Locke en 1691 con su célebre panfleto titulado: “Consideraciones sobre las consecuencias de una baja del interés y del aumento en el valor del dinero”. En este panfleto se puede advertir en Locke un notable progreso intelectual sobre este asunto si se lo compara con lo que había escrito en 1668. Las principales conclusiones de Locke están vinculadas a desarrollos importantes de la teoría monetaria y el interés: a) estaba en contra de la iniciativa de bajar la tasa de interés y agregaba: “si se trata de bajar la tasa de interés por ley y las condiciones de oferta y demanda no lo justifica, entonces todo iría mal”; b) justifica el interés comparándolo con la renta de la tierra; c) tiene una presentación de la Teoría Cuantitativa del Dinero y de la determinación del nivel de precios más amplia que la precedente pero que, de todos modos, no supera el análisis de un contemporáneo suyo: William Petty; d) discute sobre la influencia de la oferta y la demanda en la formación de los precios; e) examina el problema de la incidencia de la tributación y se coloca entre aquellos que afirmaban que en última instancia ésta recaía sobre el terrateniente. Hubo otras reacciones al panfleto de Locke de 1691; una nueva controversia, esta vez más placentera, habría de producirse con la aparición de un panfleto de William Lowndes titulado “Un ensayo sobre la nueva emisión de monedas de plata” (1695) al que respondió Locke con uno suyo el mismo año: “Consideraciones adicionales relacionadas con el aumento del valor del dinero”. Esta controversia examina y discute cuestiones importantes de teoría monetaria y fue analizada por un especialista tan distinguido como lo fue Ralph G. Hawtrey en su obra “Currency and Credit” en 1919. Locke escribió muy poco sobre economía política; sus principales contribuciones pasan por el campo de la filosofía, en especial su célebre obra “Ensayo concerniente al entendimiento humano”.

Para terminar con este capítulo nos referiremos brevemente a

Dudley North, un comerciante que supo liberarse de los hábitos mentales de su profesión y arribar a una teoría económica, si bien primitiva, que puede muy bien llamarse científica. Del mismo modo que John Locke, él fue motivado por las discusiones relacionadas con la proyectada ley de bajar la tasa de interés. De esta manera publicó un panfleto titulado: “Discursos sobre el comercio” en 1692. Se trata de un folleto de unas cuarenta páginas dividido en cuatro partes: Prólogo, un discurso sobre el interés, un discurso sobre la moneda y un apéndice. El Prólogo fue escrito por su hermano Roger North después que el resto había sido terminado, y en el que resume el método y las conclusiones de Dudley. Así, cuando habla del comercio lo hace sin favorecer intereses en particular y que el interés del dinero debería ser determinado libremente en el mercado (por oferta y demanda) como cualquier otro bien y no controlado legalmente. En su “Discurso sobre el acuñado de moneda” y en el “Apéndice” se ocupa de la cuestión de cuánto dinero necesita un país y cuánto tiene. Toda su elaboración va más allá del alcance de estas páginas; pero a modo de conclusión puede aquí citarse la siguiente evaluación de sus Discursos hecho por William Letwin:

“North fue el primer autor que construyó un análisis coherente, fundado en unos pocos, amplios, principios generales de axiomática simplicidad, que le permitieron presentar una explicación mecanicista de los procesos económicos, y llegar a conclusiones de aplicación práctica que son estrictamente deducibles de las premisas. Aunque breves y concisos puedan parecer sus Discursos, éstos contienen una estructura teórica de un poder inigualado en su época, la cumbre del pensamiento económico del siglo XVII”. (The Origins of Scientific Economics, pág. 198)

Capítulo 3

Mercantilismo

“El mercantilismo no ha existido nunca, al modo como puede decirse que ha existido, por ejemplo, un Colbert o un Cromwell. Es, simplemente, una idea que nos ayuda a comprender, siempre que esté acertadamente elegida, un fragmento de la realidad histórica mejor de lo que sin su ayuda podríamos hacerlo”.

(Eli F. Heckscher)

El término mercantilismo, en el sentido en que se usa en este trabajo, parece haber aparecido en 1764 en un libro escrito por Víctor Riquetti, Marqués de Mirabeau conjuntamente con Francois Quesnay, líder de los fisiócratas, “Filosofía Rural”, en el que incidentalmente menciona al “sistema mercantil”.

En líneas generales este tipo de sistema se refería a las políticas seguidas por los principales países de Europa tendientes a la obtención de una balanza comercial favorable durante el siglo XVII y parte del siglo XVIII. Con este propósito regulaban el comercio exterior para generar una entrada de metales preciosos con la que se liquidaba una balanza comercial favorable, favorecían la importación de materias primas baratas para promover el desa-

3. Mercantilismo

rollo industrial, establecían aranceles protectores a la importación de bienes manufacturados y estimulaban la exportación de bienes terminados. Otros objetivos mercantilistas fueron tasas de interés bajas, salarios bajos, crecimiento poblacional y el establecimiento de colonias. Desde luego que los instrumentos para el logro de estos objetivos varió según los países de Europa. Una lista breve de los principales representantes de esta tendencia podría ser la siguiente:

Gerard de Malynes (1601)	Inglaterra
Antonio Serra (1613)	Italia
Thomas Mun (1621)	Inglaterra
Jean-Baptiste Colbert (1661)	Francia
Johann Joachim Becker (1667)	Alemania
Philipp Wilhelm von Hornigk (1684)	Austria
Dudley North (1692)	Inglaterra
Gerónimo de Uztariz (1724)	España
Antonio Genovesi (1765)	Italia

En general estos autores expresaron sus ideas por medio de panfletos. Entre paréntesis figura la fecha de aparición del panfleto correspondiente; excepto la fecha de Colbert que en este caso marca el año de inicio de una gestión exitosa, continua e ininterrumpida de veintidós años como ministro de Luis XIV.

La aparición en 1776 de la obra de Adam Smith “La Riqueza de las Naciones” trajo consigo no solamente una visión acabada de economía como ciencia, lo que vino a conocerse como la Primera Situación Clásica, sino que presentó, en su Libro IV, un formidable ataque contra el mercantilismo cuya aparición atribuye, por lo menos en Inglaterra, a un gobierno influido por comerciantes (shopkeepers). Adam Smith consideró a una versión revisada del panfleto publicado por Thomas Mun en 1621 que, con el título “El Tesoro de Inglaterra por el Comercio Exterior” fue publicada en forma póstuma en el año 1664, como el prototipo del pensamiento mercantilista.

La búsqueda de una balanza comercial favorable tropezaba con la suerte inexorable señalada por Mark Blaug:

“Los economistas clásicos nunca dudaron de que los argumentos de sus predecesores en favor de un excedente crónico de exportaciones se basaban, de principio a fin, en una confusión intelectual: cualquiera que fuese lo que esperaban alcanzar los mercantilistas con una balanza comercial favorable, sería inevitablemente de corta duración. Thomas Mun había advertido ya en 1630 que una entrada de metales preciosos eleva los precios internos y que las ventas caras y las compras baratas tienden a volver la balanza comercial en contra de un país. Cantillon y Hume enunciaron de nuevo este argumento en el siglo XVIII y durante un siglo o más este mecanismo de flujo de los metales preciosos proveyó la refutación definitiva de los principios mercantilistas”. (Teoría Económica en Retrospección, 3ra. Edición, pág. 38).

El cierre de este etapa del mercantilismo ha sido muy bien sintetizada por la siguiente opinión de Frank H. Knight (1951): “Si las medidas que preconizaban los mercantilistas llenaron o no las necesidades de su tiempo es una cuestión discutida. En términos económicos las falacias han sido expuestas desde hace tiempo pero la actitud general persiste aún hoy en día, como podrá uno advertirlo, con el proteccionismo”.

A la reacción de A. Smith en contra del mercantilismo se agregó su convencimiento de que Gran Bretaña estaba llegando a la etapa en que el libre comercio sería de su interés nacional. Adam Smith siempre insistió sobre el retorno al libre comercio una vez completada la etapa infante de una industria incipiente. Aunque, claro está, mercantilistas tales como Charles d’Avenant, Nicholas Barbon, Josiah Child y especialmente Dudley North elaboraron argumentos

en favor del comercio libre en forma tan explícita y clara como lo hizo Adam Smith cien años después.

El mercantilismo había muerto pero no tardó en reencarnar bajo la forma de nacionalismo económico en Alemania bajo el liderazgo de Federico List quien publicó en 1841 su obra “Sistema nacional de economía política”. Esta obra fue el fruto de una visita de List a los Estados Unidos durante la cual quedó muy impresionado por el trabajo de Alexander Hamilton “Report of Manufactures” (1791). List habría de gravitar en el proceso de la creación de un área más amplia de comercio libre (Zollverein) a su regreso a Alemania.

Un complemento intelectual al nacionalismo económico se produjo con la aparición de la Escuela Histórica. Esto fue el producto del intenso nacionalismo que caracterizó a las universidades y a los profesores universitarios de Europa Central durante este período. Para muchos se trata de una desafortunada manifestación del nacionalismo romántico característico de esta época. Se reconocen dos etapas: la Escuela Histórica Temprana con el liderazgo de Wilhelm G.F. Roscher y Karl G.A. Knies que se revelaron contra la tradición clásica de la economía política inglesa y la Escuela Histórica Tardía dominada por el famoso Profesor Gustav von Schmoller cuyos puntos de vista no son aceptables por los buenos exponentes de la profesión de economista. La principal crítica de Schmoller pasa por cuestiones metodológicas: los supuestos de la Escuela Clásica, su ignorancia de los aspectos institucionales de una economía y el hecho de que ésta consistía en una mera deducción de simples postulados que en esencia sintetizaban su propia historia. Schmoller insistió sobre la necesidad de un nuevo método y la necesidad de involucrarse en aspectos detallados de la historia de cada comunidad.

El siglo XX habría de traer consigo material valioso para el estudio del mercantilismo. En el año 1931 apareció la monumental obra “Mercantilism” escrita por Eli F. Heckscher la que, traducida al español, aparecería en el año 1943 con el título “La época mercantilista”. Se trata de una obra que tuvo gran influencia en el tratamiento de

este tema por la calidad de su investigación y la profundidad de su análisis.

No podía haber pasado inadvertida la obra de Heckscher a un genio como el de Keynes quien entonces se encontraba preparando su Teoría General, la que habría de aparecer en 1936. En efecto, gran parte del capítulo 23 de esta obra está destinado al tratamiento del mercantilismo y muy en particular al examen macroeconómico de los efectos de una balanza comercial favorable sobre la tasa de interés y las inversiones en el país y en el extranjero. Todo ello llevó a Keynes a justificar y reivindicar la razonable preocupación del mercantilismo por la tasa de interés interior y la balanza comercial exterior. La lectura de estas páginas en repetidas ocasiones han persuadido al que escribe de que se trata de uno de los pasajes más profundos y medulosos de la literatura económica.

Capítulo 4

William Petty

“Petty y Hobbes ya se habían encontrado y fue precisamente por la intermediación de este último que Petty tomó contacto con el círculo de pensadores que se reunían periódicamente en el retiro de Fray Morin Mersenne. El círculo que incluía a Descartes, Fermat, Pascal y Gassendi, se congregaba para discutir las últimas teorías y experimentos de filosofía natural” (circa 1645).

(William Letwin)

En muchos aspectos de su formación William Petty (1623–1687) es considerado un autodidacta. Existen, sin embargo, períodos prolongados de su vida en que se vio expuesto, y supo aprovechar, a una muy buena actividad curricular. Como cuando a la edad de 14 años y a raíz de la fractura de una pierna, el capitán del barco mercante en el que se había enrolado como camarero decidió desembarcarlo y ponerlo bajo la custodia de los sacerdotes del Seminario Jesuita de Caen (Francia). También están documentados sus estudios de medicina en Ámsterdam y París y la obtención del título de Doctor en Medicina en la Universidad de Oxford en 1648. La carrera académica que le siguió le permitió acceder en

Oxford al cargo de Profesor de Anatomía en 1650, posición en la que habría de durar poco tiempo. También intervino en el movimiento científico conocido entonces como la “Universidad Invisible” y del cual habría de emerger la “Royal Society” (for the Improving of Natural Knowledge) en 1660.

Dentro de tan magnífico intelecto estaba también el hombre de acción y fue así que Petty desarrolló intensamente actividades tan variadas como la de médico cirujano, ingeniero teórico, miembro del parlamento, funcionario y hombre de negocios; además de haber contraído matrimonio con Elizabeth Waller en 1667 y tenido cinco hijos. Todos estos aspectos de su vida están muy bien documentados en por lo menos dos biografías: la de Emil Strauss “Sir William Petty” (1954); y la de Edmund Fitzmaurice “The Life of Sir William Petty” (1895).

Por sus contribuciones a la economía Marx lo consideró el fundador de la Economía Política; Gonnard señala que Petty toca en sus trabajos la mayoría de las cuestiones que habría de discutir después la Economía Clásica; Schumpeter ve en él a uno de los grandes nombres en la historia de la economía; Letwin lo considera un economista teórico de primera magnitud, el mejor o igual a lo mejor que haya existido antes de 1750; Robbins lo considera un precursor, más bien que entre aquellos que contribuyeron a la emergencia de sistemas en el siglo XVIII.

Toda su producción científica fue editada en 1899 por Charles Henry Hull con el título “The Economic Writings of Sir William Petty” en el que se incluye el que apareció en 1662 con la autoría de John Graunt (su cuñado) con el título “Natural and Political Observations upon the Bills of Mortality”. Este trabajo que debería incluir la autoría de Petty, sin bien compartida, ha sido considerado la piedra basal de la estadística como ciencia; o por lo menos de la demografía. De las obras completas de Petty se rescatan como importantes las siguientes: “A Treatise of Taxes and Contributions” (1662); “Verbum Sapienti” (1665); “Political Arithmetick” (1676); “Quantulumcunque Concerning Money” (1682) y “Essays on Political

Arithmetick” (1671/87). Los años entre paréntesis indican la fecha en que el trabajo estuvo terminado aunque su publicación fuera hecha años más tarde, algunos después de su muerte.

De sus escritos Petty demostró especial predilección por los relacionados con la aritmética política, el arte de razonar con números en asuntos de gobierno; una precursora de la estadística. Si bien esta práctica era conocida en su época, Petty la bautizó e introdujo algunas reglas y métodos apoyado en los siguientes principios:

“Expresarse en términos de número, peso o medida; usar solamente argumentos con sentido y considerar únicamente aquellas causas que tengan claros fundamentos en la naturaleza; dejando para la consideración de otros aquellas que dependen del carácter mutable de las mentes, opiniones, apetitos y pasiones de determinados hombres”.

La actividad y fervor de Petty habría de atraer seguidores talentosos como Charles Davenant, Gregory King y casi con toda seguridad Richard Cantillon. En lugar de abundar en detalles, conceptos y métodos de la aritmética política la mejor manera de capturar su sabor y espíritu es mediante una pieza de análisis de este tipo extraído de la obra *Verbum Sapienti*:

“Los seis millones de habitantes de Inglaterra consume cada uno por el valor de 4,5 peniques por día, lo que hace un total anual nacional de £40 millones. El valor de todos los bienes de capital es de £250 millones, cifra que se obtiene sumando el valor de la tierra, edificios, barcos, ganado, dinero y todas las mercaderías. Esos bienes de capital producen una renta promedio del 6% anual, o sea £15 millones. La diferencia entre el consumo total y el ingreso del capital debe ser lo producido por el trabajo... lo que puede calcularse si

la mitad de los habitantes, o sea tres millones, ganarían 8£. 6s. 8d. anuales, o sea 7 peniques diarios fuera de los 52 domingos y una mitad adicional más por accidentes, feriados, enfermedad, recreación y otros”.

Joseph A. Schumpeter sintetizó muy bien en qué terminó todo esto:

"La cruzada de Petty por la aritmética política pudo haber conducido a una controversia metodológica, lo que no ocurrió, y pronto el movimiento habría de detenerse hasta que finalmente, años más tarde, terminara cuando Adam Smith manifestó que no tenía mucha fe en la aritmética política”.

De sus otros escritos puede rescatarse el esfuerzo de Petty por el tratamiento de tópicos que constituirían un lugar común en los desarrollos posteriores de economía política. Tal es el caso de la división del trabajo y sus ventajas, que ejemplifica con la fabricación de relojes. En relación a los factores de la producción Petty se circunscribe al “par” tierra y trabajo y a la búsqueda de un artificio para establecer una paridad que permitiera transformar el trabajo en tierra y con ello reducir todo a uno solo: tierra; propósito que, por otra parte, no tuvo ninguna utilidad. También hizo la distinción entre los que llamó el “true current price” y el “political price”, términos que más tarde se conocerían como precio natural y precio de mercado. No adelanta teoría alguna en materia de salarios aunque tal vez pueda acreditársele una visión particular de la oferta de trabajo cuando afirma que los trabajadores nunca deberían recibir más que el mínimo de subsistencia porque si reciben el doble reducirán el trabajo a la mitad. También precisó magnitudes económicas que hacen al análisis de agregados como es el caso de ingreso nacional, al que trató de estimar y el concepto de presión tributaria. En materia monetaria desarrolló versiones más amplias de la teoría cuantitativa, acuñó el concepto de velocidad y desarrolló su teoría de las necesidades del comercio que habría de adoptar luego A. Smith, asunto que por otra parte daba por tierra con el

propósito mercantilista de tener balanzas comerciales favorables en forma indefinida.

William Letwin dijo, con propiedad, en relación a la producción científica de Petty: “La mejor obra de un hombre no es siempre su favorita. Si se trata de un hombre tan apasionado y ambicioso como Petty, él puede elegir depositar su reputación en su producción más exitosa, desechando aquellas hechas con poco trabajo, tengan un estilo restringido o hayan encontrado una pobre acogida; siendo esta última la razón por la que Petty hizo tan poco por su mejor escrito: ‘A Treatise of Taxes and Contributions’, la menos aritmética de sus obras y en la que Petty hizo su mayor contribución a la economía”.

El título del “Treatise” de Petty sugiere un contenido relacionado con el área de finanzas públicas tal como la conocemos hoy y en gran medida ello es así; pero también debe señalarse que gracias a sus frecuentes digresiones esta obra generó una suerte de agenda que habría de gravitar en el desarrollo del pensamiento de la Escuela Clásica. Así, en materia de gasto público, destaca tres áreas importantes: defensa, justicia y el patronato de las almas (y la guía de sus conciencias) aunque no ignora y justifica el gasto en escuelas, ayuda a los pobres y obras públicas. También recomienda ocupar desempleados aunque sea para la construcción de pirámides inútiles porque, en el peor de los casos, mantendrán sus mentes disciplinadas y obedientes y sus cuerpos con la paciencia que reclama una labor más lucrativa cuando ésta aparezca. En materia de tributación, además de las servidumbres de tierra para uso público, distinguía otras formas de impuestos como el que conocemos hoy como impuesto inmobiliario, particularmente sobre la tierra; la capitación, que considera regresiva, e impuestos selectivos al consumo a los cuales recomienda.

Fue, precisamente, en su discusión de la renta de la tierra que Petty dijo: “deberíamos esforzarnos en explicar su naturaleza misteriosa del mismo modo que la renta del dinero que llamamos usura (interés)”. Su interpretación habría de establecer la naturaleza re-

sidual (“surplus”) de la renta lo que le sirvió de argumento para explicar el interés del dinero: “lo menos que podemos esperar como interés del dinero es la renta de la tierra que el dinero prestado puede comprar (cuando no existe riesgo alguno)”.

Resuelto el problema de la renta de una parcela de tierra Petty se preguntó: ¿cuántos años de renta deben ser pagados para obtener ésta? Ya sabía Petty que este número no puede ser muy grande (hay, modernamente, la noción de un valor actual finito aunque el número de años sea infinito). Su solución reconocía, implícitamente, este argumento; pero sin descontar las rentas futuras Petty estableció lo siguiente: “debemos escoger un número limitado que considero es el número de años que un hombre de cincuenta años, otro de veintiocho y otro de siete (abuelo, padre y nieto) pueden conjuntamente extender sus vidas”. Petty estimaba esto en veintiún años lo que es aproximadamente igual a una perpetuidad actualizada al 4,76 % anual. Todo muy penetrante, diría Lionel Robbins, pero no tenemos sistema aún.

Capítulo 5

Richard Cantillon

“El primer tratado sistemático sobre Economía fue escrito probablemente por un banquero de apellido español, nacido de una familia irlandesa en el condado de Kerry, educado quien sabe donde, que tenía su negocio en París, pero que fue asesinado evidentemente en Albemarle Street. El tratado fue escrito en inglés o en francés, no sabemos en qué idioma; fue impreso por primera vez en París, como si se tratara de una traducción francesa, asegurándose que fue publicado por Fletcher Gyles, casi frente de Gray’s Inn, Holborn; apareció en Inglaterra en una desgarbada traducción inglesa, erróneamente atribuida a un mercader fallecido en la ciudad de Londres, acaso el hermano del autor”.

(William S. Jevons)

Nacido en Irlanda, Richard Cantillon (1680–1734) es conocido por su actividad en París como banquero exitoso y hábil especulador entre los años 1716 y 1720. Muy probablemente un autodidacta, ha sido difícil seguir los pasos de su vida y sus biografías están llenas de huecos e imprecisiones, las que van desde su fecha de nacimiento, que muchos historiadores consideran ocurrió en 1697, hasta su propia muerte ocurrida en Londres en las manos homi-

cidas de un sirviente. Ensayos biográficos de importancia son los siguientes: “Richard Cantillon and the Nationality of Political Economy” (1881), de William S. Jevons; “Richard Cantillon” (1891), de Henry Higgs; otros autores de importancia como Friedrich A. Hayek, (1931); Joseph Hone, (1944) y Joseph J. Spengler, (1954), se han ocupado de su vida.

Su entrada en la Historia del Pensamiento Económico ocurre como consecuencia de la publicación póstuma de su obra: “*Essai sur la nature du commerce en général*”. Escrita aproximadamente entre 1730 y 1734, apareció publicada en Londres, obviamente en francés, en 1755. De todos modos transcurrió más de un siglo para que el “*Essai*” alcanzara notoriedad, hecho atribuible a los trabajos de Jevons y de Higgs, y que conduciría además a la publicación de la versión inglesa (bilingüe) hecha por Higgs en 1931 y la versión en alemán del mismo año editada por Hayek. La edición en español fue efectuada en 1950 por el Fondo de Cultura Económica con un prólogo de M. Sánchez Sarto. Finalmente apareció la extraordinaria edición de Alfred Sauvy de 1952 que reproduce la edición francesa de 1755 con estudios y comentarios de Sauvy, Fanfani, Spengler y Salleron.

El “*Essai*” es el primer tratado completo de Economía Política. Jevons lo considera un estudio sistemático y bien articulado, que en forma concisa abarca la casi totalidad del campo de la economía, con excepción de los impuestos, y en consecuencia el que con más derecho que ninguna otra obra es “la cuna de la Economía Política”. Lionel Robbins, que vio en Petty a un panfletista de orden superior, se expresa del “*Essai*” de la siguiente manera: “Presenta algo que no había aparecido antes. Es un tratado sobre el funcionamiento del sistema económico, un tratado sistemático, abstracto, si bien informado por un íntimo conocimiento de los detalles del comercio y finanzas del período en que fue escrito. Lástima que no tengamos el ‘Suplemento’ que lo acompañaba, sobre el que se basan muchas de las proposiciones de este libro”.

Yendo a los autores que pudieron haber gravitado en la forma-

ción de Cantillon, se encuentran mencionados en sus páginas tanto ingleses como franceses: Petty, Davenant, Locke, Halley, King, Newton, Vauban, Boizard y tal vez Bosguillebert; ¿y qué mejores aliados que un elenco de figuras así? No menciona a Mirabeau, que fue el depositario del manuscrito del “Essai” por muchos años y además el principal vehículo con el que habría de influir a los fisiócratas más adelante. Tampoco menciona a John Law, con quien hubo antagonismos, agravados luego por las maniobras especulativas de Cantillon en la famosa “Mississippi Bubble” (esquema de Law para explotar Luisiana) y que según un informe de Du Hautchamp le permitió una toma de ganancias de 20 millones de libras seguido de un discreto abandono de París para vivir en Holanda de la que pasó luego a Londres.

El “Essai” está dividido en tres partes. La primera está dedicada a una descripción de la organización económica, el poder rector de la demanda, la naturaleza de lo que denomina valor intrínseco y su relación con los precios de mercado y los ingresos. La segunda parte trata del problema de la determinación de los precios, teoría monetaria y teoría del interés. La tercera parte es una excelente y muy bien informada discusión del comercio y de la banca. Sobre las que pasamos a hacer los siguientes comentarios.

Para comprender el contenido del “Essai” es indispensable comprender el tipo de organización económica de que se ocupa y sus principales características demográficas. En forma estilizada, considera una economía dividida en dos sectores, rural y urbano, con una población activa del cincuenta por ciento de la población total repartida por partes iguales entre estos dos sectores. A esta estructura productiva le corresponde una estructura de clases: terratenientes, agricultores y trabajadores en el sector rural mientras que el sector urbano es un conglomerado de trabajadores, comerciantes, artesanos, artistas, profesionales y funcionarios gubernamentales. Dentro de este marco en que analiza la estructura de la producción Cantillon presenta la primera visión de la circulación del ingreso entre estos dos sectores. En apretada síntesis; el valor bruto de la

producción agrícola se divide en tres partes iguales (las “tres rentas”), un tercio se paga a los terratenientes en concepto de renta y un tercio se destina al reintegro de los adelantos recibidos para financiar la campaña agrícola; el tercio restante son las ganancias de los agricultores los cuales gastan una mitad en el sector rural y la otra mitad en el sector urbano. El sector urbano recibe además todo el gasto de los terratenientes con lo que totaliza la mitad del valor bruto de la producción agrícola; este último importe vuelve al sector agrícola para la compra de alimentos y materias primas que el sector urbano necesita, cerrando así el circuito que se reproduce todos los años. Esta corriente circular contiene en todos sus elementos esenciales las relaciones intersectoriales del Cuadro Económico de Quesnay. Un aspecto interesante relacionado con el ingreso del terrateniente, señala Cantillon, es que no está destinado a usos predeterminados y puede, en consecuencia, gastarse a capricho del mismo y, por esta razón, es el factor determinante de la composición de la producción nacional.

El examen de la circulación del dinero entre las distintas clases y las necesidades de dinero dentro de cada sector, a los que asigna valores diferentes según la frecuencia de pagos, conduce a Cantillon a la cuestión de la cantidad de dinero en efectivo necesaria para la circulación de un estado, asunto sobre el cual concluye: “el dinero contante necesario para asegurar la circulación y el cambio en un estado, es casi igual, en valor, al tercio de las rentas anuales de los propietarios de las tierras” o sea un noveno del valor bruto de la producción agrícola. Esto implica, aproximadamente, un 5 a 6 % del Producto Nacional Bruto. Para concluir con este asunto agrega: “hay que considerar siempre la velocidad de circulación”. Estos aspectos macroeconómicos se complementan con el examen de los efectos de los incrementos en la cantidad de dinero. El tratamiento de este tema tiene una larga tradición en el desarrollo del pensamiento económico, pero en el momento en que Cantillon escribe el paradigma estaba contenido en las célebres “Considerations” de John Locke de 1691. También Petty había escrito, y muy bien, sobre este

tema en su “Quantulumcunque”, pero es posible que Cantillon no hubiera conocido este aspecto de la obra de Petty. Si bien Cantillon concuerda con Locke sobre los aspectos fundamentales de la teoría cuantitativa del dinero, sus discrepancias provienen de consideraciones dinámicas que podían emerger de dos fuentes diferentes: a) de la procedencia de los aumentos o, b) de quienes son los receptores de esos incrementos. El examen de todas las variantes posibles lleva a Cantillon a la siguiente conclusión: “De todo esto induzco que cuando se introduce doble cantidad de dinero en un estado, no siempre se duplica el precio de los productos y mercaderías”. Debe agregarse, además, y esto es de importancia, que en el desarrollo de estos argumentos Cantillon apela con frecuencia al mecanismo “flujo de lingote-precios” que habría de desarrollar luego, en forma independiente, David Hume.

Las discrepancias de Cantillon con Locke son más abismales en lo que se refiere a los factores determinantes de la tasa de interés ya que Locke propiciaba más bien una teoría monetaria del interés mientras que Cantillon apuesta a una teoría que hace depender el interés de la oferta y demanda de fondos prestables y donde las principales componentes de la demanda proviene de fabricantes o emprendedores y, en menor medida, de préstamos con fines de consumo que varía de país en país. En cuanto a lo que afirmaba la teoría monetaria del interés Cantillon manifiesta: “la abundancia o escasez de dinero en un estado eleva o rebaja los precios de todas las cosas en las transacciones sin que exista ningún nexo necesario con la tasa de interés”. Además de examinar el efecto sobre el tipo de interés procedente del incremento de prestatarios, Cantillon introduce consideraciones de riesgo en las tasas de mercado.

En materia poblacional, además de los porcentajes de población rural o urbana y activa o pasiva, Cantillon tiene presente otros indicadores demográficos. En primer lugar se encuentra la tasa de natalidad sobre la que existía desde larga data, por lo menos desde Giovanni Botero en 1589, la noción de que siempre habría un incremento de la población en respuesta al estímulo de una bue-

na provisión de alimentos y que Cantillon sintetiza con su célebre frase: “Los hombres se multiplican como los ratones en una granja, si cuentan con medios ilimitados para subsistir”. Aquí puede percibirse el mecanismo regulador: el salario de subsistencia, aunque no usa este término, como también los aspectos demográficos que se ponen en marcha cuando un ajuste es necesario: migraciones, aumentos en la mortalidad y merma en la nupcialidad. También es claro el uso de la tasa de mortalidad infantil que en esa época era alta: “...más de un tercio de los que nacen mueren durante el primer año”. Tiene, además, referencias claras a la tasa global de fecundidad para las mujeres capaces de procrear y comprendidas entre las edades de dieciséis y cuarenta y cinco años. Esta tasa de fecundidad se interpreta como el número de hijos que en promedio tendría cada mujer de una cohorte hipotética de mujeres al término de su edad fértil; Cantillon da seis hijos por mujer como el valor típico de su época, caracterizada por una alta tasa de mortalidad infantil. Todos estos aspectos en materia poblacional estarán siempre presentes en los desarrollos que protagonizaron luego Adam Smith y la Escuela Clásica.

Deben señalarse los siguientes aportes importantes de Cantillon al análisis económico: en su examen de la determinación de los precios de mercado presenta la primera versión que en la literatura económica se analiza el mecanismo de la demanda y oferta en la determinación de los precios de mercado. Hay, además, indicios claros de que Cantillon tenía en mente argumentos de tipo geométrico en este asunto. También supo aclarar las ideas de Petty en cuanto a las diferencias entre el precio normal, o valor intrínseco, y el precio de mercado. Su conclusión sobre este aspecto habría de perdurar en los desarrollos posteriores: el precio normal está determinado por el costo mientras que el precio de mercado está determinado por la oferta y la demanda. En materia de diferenciales en los salarios Cantillon los atribuye a algún género de educación o aprendizaje y “otras circunstancias” (riesgo y confianza); la noción de que el proceso de aprendizaje posee todas las características de una inver-

sión (salarios sacrificados y gastos en materiales y mantenimiento) lo coloca a la altura de los estudios contemporáneos de inversión en capital humano. El rol del empresario y la naturaleza incierta de sus ingresos es materia de un capítulo en su obra que lleva por título: “La circulación y el trueque de bienes y mercaderías, lo mismo que su producción, se realiza en Europa por empresarios a riesgo suyo”; se trata de un capítulo que no difiere del que hoy en día podría escribir un buen economista desde que contiene todos los ingredientes que hacen a una teoría moderna del beneficio: un residual que surge de la incertidumbre.

Capítulo 6

Fisiocracia

“Este extracto (Tableau Économique) no da más que una idea incompleta de los cruces y las repercusiones de rentas, cuyos rebotes se entretienen en seguir los fisiócratas con alegría de niños, y se figuran ver en ellos la misma realidad. La circunstancia de que les salga siempre justa la cuenta de sus miles de millones los embriaga”.

(Charles Gide y Charles Rist)

A comienzos de la segunda parte del siglo XVIII despertó mucho interés las opiniones de un grupo de pensadores cuyos miembros se llamaban a si mismos “les économistes” y que actualmente los llamamos fisiócratas. El término fisiocracia proviene del título de una publicación de Dupont de Nemours: “Physiocratie, ou constitution naturelle du gouvernement le plus avantageux au genre humain” (1767). Contenía esta publicación una selección de trabajos de Francois Quesnay (1694–1774), líder indiscutido de este grupo de pensadores. La palabra fisiocracia indica la importancia que daban los miembros de esta escuela a las fuerzas naturales y deriva del Griego: phýsis (naturaleza) y krátos (poder).

Los integrantes de esta corriente de pensamiento económico

fueron cuidadosamente escogidos por Francois Quesnay, a la sazón médico de Luis XV. La lista no es muy numerosa pero se trata de un grupo de hombres muy esclarecidos y de una incuestionable adhesión a los principios y políticas de esta escuela que constituían prácticamente una secta o hermandad: Víctor Riquetti Marques de Mirabeau, Pierre Samuel Dupont de Nemours, Abbé Nicolas Baudeau, Pierre Paul Mercier de La Riviere y Francois Guillaume Le Trosne. Si bien contemporáneos con este grupo, no deben incluirse entre los fisiócratas a destacados pensadores como Vicente de Gournay, André Morellet y Anne Robert Jacques Turgot.

El nacimiento, grandeza y decadencia de esta escuela transcurrió durante veinte años a partir de la publicación de los primeros artículos de Quesnay en la “Enciclopedia” de Diderot en 1756. Toda la producción científica de Quesnay fue editada en 1888 por Auguste Oncken con el título: “Oeuvres économiques et philosophiques de Francois Quesnay”. De esta vasta producción damos la siguiente lista de artículos por considerarlos estrechamente vinculados a estas páginas: Fermiers (1756), Evidence (1756), Grains (1757), Hommes (1758) Tableau Économique (1758), Droit Naturel (1765), Analyse de la formule arithmétique du Tableau Économique (1766), y Maximes (1767).

Desde el punto de vista filosófico los fisiócratas consideraban que las sociedades están caracterizadas por la existencia de leyes naturales que gobiernan las relaciones entre los individuos si bien no son tan poderosas como para no poder ignoradas. Esas leyes naturales pueden ser estudiadas y su conocimiento puede conducir a una adecuada administración de un país. En su artículo “Evidence” Quesnay sostenía que las leyes del orden natural pueden percibirse en los eventos cotidianos y deberían ser fácilmente perceptibles por todos los hombres desde que su conocimiento es innato. La noción de que no debe haber interferencia alguna con el accionar de estas leyes era frecuentemente condensada con la expresión “laissez faire”. Para muchos Quesnay fue un filósofo del orden natural, sus teorías del estado y de la sociedad pueden haber sido simplemente

una reformulación del pensamiento escolástico.

El sector agrícola ocupaba un lugar central tanto en la estructura de clases como el esquema analítico y programa económico de Quesnay. En efecto, Quesnay hizo una clasificación de las clases sociales de la Francia de entonces: la clase productiva, aquella que se ocupaba de la actividad agrícola, pesca y minería; la clase propietaria, integrada por los terratenientes y aquellos que viven de la clase propietaria como los religiosos, el soberano, el personal militar y la administración pública; y finalmente la clase estéril, integrada por artesanos, comerciantes, miembros de las profesiones liberales, artistas y sirvientes. Conviene aclarar que Quesnay consideraba productiva a la agricultura en el sentido de que la producción agrícola era capaz de producir un excedente (“surplus”) o producto neto mientras que las actividades de los artesanos, comerciantes, profesionales, etc., eran consideradas estériles no porque no produjeran cosas útiles sino por no producir un producto neto.

Esta noción de que sólo la agricultura podía producir un producto neto llevó a Quesnay a preconizar un impuesto único sobre la renta de la tierra. Algunos economistas, como Edwin Seligman, interpretan que la iniciativa de un impuesto único sobre la renta de la tierra encierra una noción equivocada del concepto de incidencia pues presume que cualquiera sea el tipo de impuesto que se aplique éste será en definitiva siempre pagado por el terrateniente. El libro de Mirabeau: “Theorie de l’impôt” (1760) muestra una ampliación de esta noción e incluye otras fuentes de ingreso: casa de la moneda, correos, producción de tabaco y un impuesto a la sal.

Quesnay no escribió obra alguna sintetizando su pensamiento económico, siempre escribió porciones aisladas tanto en la “Enciclopedia” como en el Journal de l’agriculture y Ephemerides du citoyen, periódicos controlados por los fisiócratas. Por tal motivo hay que tener en cuenta todos sus escritos y tratar de reconstruir su pensamiento económico a partir de fragmentos y retazos. Así, en materia de población se anticipa a Malthus y en materia de salarios se centra en el mínimo de subsistencia. También debe ser

incluido entre los primeros en tener atisbos claros sobre el óptimo competitivo pues sostenía que el máximo de satisfacción de las necesidades de un grupo social, tomado en su conjunto, se obtendrá si bajo condiciones competitivas cada uno actúa libremente en la procura de su interés individual. Todo ello lo sintetizaba con la expresión: “el interés individual es el sirviente del interés general”. En relación a todo esto debe señalarse la opinión de Schumpeter:

“Quesnay no intentó probar todo esto, al parecer porque no le pareció necesario demostrarlo. El hecho de que a uno de los mejores cerebros de nuestra ciencia la haya parecido obvio este non sequitur debe ser materia de reflexión; patrones bajos de análisis y ligereza en el pensamiento han sido peores enemigos de la economía como ciencia que los sesgos políticos”. (History of Economic Analysis, pág. 233)

Quesnay sentó las bases de la teoría del capital. En particular, él introdujo en la teoría económica la noción de capital como riqueza acumulada previa al comienzo de la producción que se está considerando. Ello le llevó a su clasificación de las necesidades de la agricultura: a) adelantos fundiarios (inversiones iniciales, drenajes, alambrados, edificios); b) adelantos primitivos (equipos, arados, ganado y caballos); y c) adelantos anuales (gastos corrientes asociados con la campaña agrícola, mano de obra, semillas, etc.)

Por último, pero no por ello menos importante, debe señalarse una gran construcción de Quesnay (ciertamente anticipado por Richard Cantillon): el Cuadro Económico (Tableau Économique). Se trata de una visión global de una economía. Un modelo que moderadamente sería el de una economía dual y con un tratamiento del tipo de equilibrio general agregado donde el énfasis pasa por las relaciones entre los dos principales sectores en que ésta se divide: el sector rural y el sector urbano. Quesnay presentó diversas versiones que diferían según se tratara de la pequeña o gran agricultura

fueran éstas de Francia o de Inglaterra. También existen versiones para economías progresivas, estacionarias o regresivas, para adelantos anuales diferentes y para diferentes porcentajes de producto neto. Las versiones iniciales presentan relaciones sectoriales iterativas conocidas como del tipo “zig-zag” (1758-1759). Estas formas fueron cambiando gradualmente a la denominada “Précis” (1763) y por último a la denominada “Formule” (1766-1767). La versión “zig-zag” se considera crucial para comprender la economía de Quesnay y ha sido muy bien estudiada por M. Kuczynski y R. L. Meek en la obra “Quesnay’s Tableau Économique”. Se recomienda al estudiante interesado la “tercera edición” del Tableau Économique que se encuentra en dicha obra como asimismo la “Explicación” y las “Máximas” que le siguen. A modo de ejercicio preliminar y para templar el espíritu se recomienda leer previamente “El Aleph” de Jorge Luis Borges.

Quesnay murió en diciembre de 1764 en el hospital situado en el Carré Grand-Commun en las cercanías de Versailles pocos meses después de la muerte de Luis XV. Los esfuerzos de Dupont y Le Trosne, con sus publicaciones de 1772 y 1777 respectivamente, no lograron renovar el interés de la sociedad francesa por la fisiocracia.

Capítulo 7

Adam Smith I

“El próximo gran paso hacia delante, el más grande paso que Economía jamás haya dado, fue la obra no de una escuela sino de un solo individuo”.

(Alfred Marshall)

Poco importa que haya sido pequeño el pueblito en que nació un gran hombre, será de todos modos un sitio famoso. Tal es el caso de Kirkcaldy, pueblo de Escocia sobre el estuario de Forth, en el que nació Adam Smith en 1723. Los detalles más importantes de su vida han quedado registrados en las espléndidas biografías que sobre él escribieron John Rae, “The Life of Adam Smith” (1895) y William R. Scott, “Adam Smith as Student and Professor” (1937). Sus estudios formales transcurrieron en la Universidad de Glasgow (1737–1740) y en el Balliol College de la Universidad de Oxford (1740–1746). Fundamentalmente Smith fue un filósofo; es difícil imaginar que se considerara a sí mismo un economista, sobre todo en esta época en que la economía política era una rama de la filosofía.

Para el propósito que nos ocupa conviene situar a Smith en la Universidad de Glasgow entre los años 1751 y 1763 en los que dictó el curso de Filosofía Moral. Sus clases cubrían los tópicos de Teología

Natural, Ética y Jurisprudencia y sobreviven en el libro: “Teoría de los sentimientos morales” (1759) y en los apuntes tomados por los alumnos de sus clases particulares, en especial “Justicia, policía, ingresos públicos y defensa” (tomados en 1763, descubiertos en 1876 y editados por Edwin Cannan en 1896). Cumplida esta etapa de su vida Smith abandonó Glasgow para acompañar a un noble de la época, el joven Duque de Buccleugh, en calidad de tutor, en un viaje de estudios al Continente durante los años 1764–1766. En este viaje Smith tomó contacto en París con “los economistas” franceses liderados por Francois Quesnay y visitó a Voltaire en Ginebra. A su regreso trabajó un par de años con Lord Townshend (Chancellor of the Exchequer). Durante los años 1768 y 1776 puede advertirse un hiato en su agenda de compromisos, que son los años en que trabajó intensamente para completar su obra iniciada en los días de Glasgow y a la que tituló: “Una investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones” (1776). De esta obra, conocida con el título abreviado “La Riqueza de las Naciones”, se conocen tres ediciones importantes: la de John Ramsay McCulloch (1828); la de Edwin Cannan (1922) y la llamada “Edición Glasgow” editada por A. S. Skinner y R. H. Campbell (1976).

Schumpeter estableció el concepto de Situaciones Clásicas como aquellas en las que se opera una síntesis o se consolida el conocimiento previo y que la Primera Situación Clásica de Economía Política (distingue tres) ocurrió en algún momento de la segunda parte del siglo XVIII y se inclina por el año 1776 en que aparece la obra de Smith, el gran éxito de esta época. Ello hace de Smith un gran codificador y en gran medida ello es así, sobre todo si se restringe su accionar al mundo de habla inglesa y en menor medida a la producción francesa. De todos modos puede percibirse en su obra una notable ignorancia de la producción de los economistas italianos que le precedieron y esto es de importancia porque existe el consenso de que la economía fue fundamentalmente una ciencia italiana hasta la aparición de La Riqueza de las Naciones. No se encuentra en esta obra referencias a Ferdinando Galiani, Pietro

Verri o Giammaria Ortes. La obra de Cesare Bonesana Marchese de Beccaria pudo muy bien ser ignorada por Smith porque, aunque escrita en 1769–70, fue publicada en 1804.

Otra carencia importante es la ausencia de referencia alguna, sea ésta explícita o implícita, a las “Reflexiones sobre la formación y distribución de la riqueza” de Anne-Robert-Jacques Turgot publicadas en 1766, obra que se considera la mayor contribución de la vertiente francesa de economía política de esta época. La presunción es que difícilmente habría esta obra de Turgot pasar inadvertida porque la comunicación de Inglaterra con Francia era muy fluida entre los economistas; lo atestigua el siguiente párrafo de una carta de David Hume (gran amigo de Adam Smith) al Abate André Morellet en 1769, citado por Javier Villanueva en su trabajo: “El comercio internacional y los economistas franceses del siglo XVIII”:

“Espero que en el desarrollo de sus tareas Usted los ha de sacudir (a los ‘economistas’), aplastar, golpear, reducir a polvo y cenizas!. El hecho es que ellos son el grupo más arrogante e iluso (chimerique) que pueda hallarse hoy en día... Yo me pregunto sorprendido, ¿qué pudo haber inducido a nuestro amigo Turgot a asociarse con ellos?”

De todos modos debe mencionarse la opinión de Lionel Robbins, que los apuntes de sus alumnos revelan que Adam Smith ya tenía elaborado su sistema cuando apareció el trabajo de Turgot.

La Riqueza de las Naciones está dividida en cinco libros precedidos por una introducción y plan de la obra. Los siguientes comentarios corresponden a la “Edición Cannan”, basada en la quinta edición de 1789, la última publicada por Adam Smith antes de su muerte. A continuación se comenta el Libro I, cuya extensión es del 25% del total de páginas de la obra. El principal contenido de este libro es sobre los temas de valor y distribución. Importa señalar

que estos temas están precedidos, en los capítulos I y II, por un examen de la división del trabajo y de la extraordinaria mejora en los poderes productivos del trabajo a que ésta da origen. No podía escapar a un pensador tan profundo como lo fue Adam Smith el establecer el principio básico que da origen a la división del trabajo:

“Es la consecuencia gradual, necesaria aunque lenta, de una cierta propensión de la naturaleza humana que no aspira a tan grandes resultados: la propensión a permutar, cambiar y negociar una cosa por otra”.

Puede rescatarse de estos capítulos, particularmente el segundo, la importancia de presentar la organización económica dentro del contexto de individuos que persiguen su propio interés en condiciones competitivas. Su teoría del desarrollo económico es esencialmente endógena; la especialización de tareas que la división del trabajo trae consigo conduce a la invención de maquinaria (progreso tecnológico) con la consiguiente demanda de capital para su construcción.

El capítulo III cuyo título es “La División del Trabajo está Limitada por la Extensión del Mercado”, trata de lo que ha venido a denominarse el “Teorema de Adam Smith”. Se trata, según Lionel Robbins, del capítulo más importante de la historia de la ciencia económica. Comentar este capítulo va más allá del alcance de estas páginas y una versión de dichos comentarios se ofrece en el capítulo siguiente.

Sus desarrollos sobre valor y distribución establecen un formato que habrán de seguir los pensadores que le siguieron. El concepto de valor (o valor de cambio) como el poder o facultad que posee un bien para cambiarse por otros o por una suma de dinero es el punto de partida de un tratamiento sobre este tema que ocupará el capítulo V. Simplifica mucho el tratamiento de este tema la noción de que es suficiente concentrarse sobre la suma de dinero que puede obtenerse de un bien que se posee, es decir su precio. Si se

conocen los precios de una lista de productos podremos conocer los términos en que puede permutarse cualquiera de ellos con todos los demás. Por ejemplo si un kilo de carne vale \$16.00 y un litro de leche vale \$2.00, entonces un kilo de carne puede permutarse por ocho litros de leche. Si el problema del valor se concentrara en comparaciones de los precios de los productos en un mismo tiempo y lugar los precios corrientes suministrarían toda la información necesaria. El problema se complica cuando se hace necesario hacer comparaciones de precios en momentos o lugares diferentes. De allí las nociones de precio nominal y precio real. La lógica del problema llevó a Smith a la búsqueda de un patrón que hiciera posible estimar el precio real y se inclinó para ello por el trabajo humano en la presunción (equivocada) de que el mismo poseía los atributos de permanencia e invariancia:

“Iguales cantidades de trabajo, en todo tiempo y lugar, son de igual valor para el trabajador. En el estado ordinario de su salud, fortaleza y espíritu; en el grado ordinario de habilidad y destreza debe siempre entre-
gar la misma porción de confort, libertad y felicidad”.

Siguiendo el ejemplo numérico presentado más arriba en el que el precio nominal de un kilo de carne es \$16.00; si sabemos además que el jornal por ocho horas diarias de trabajo es \$32.00, entonces el valor real de un kilo de carne será igual al esfuerzo y privación de cuatro horas de trabajo. Aunque Adam Smith no lo advirtió entonces, un examen moderno de su solución al problema muestra a las claras que estaba usando el salario corriente como deflactor. La única diferencia es que hoy en día se usa el valor corriente de una canasta de bienes. Tal vez la principal objeción al supuesto de la permanencia del costo psicológico de una hora de trabajo es que este costo varía con el cambio tecnológico, la educación del obrero y las horas trabajadas (objeciones que en gran medida también son aplicables al uso de una canasta de bienes).

Resuelto el problema del precio nominal y real Adam Smith se ocupa en el capítulo VI de los componentes del precio nominal. En términos generales establece que este precio está determinado por el costo de producción el que se resuelve en los tres componentes que han contribuido a producir el bien de que se trate: los salarios del trabajador, las ganancias del capital y la renta del terrateniente. Los materiales, insumos y amortización del capital que forman parte del precio también se resuelven en estos tres componentes.

A partir de esta concepción del problema del valor Adam Smith está en condiciones de resolver el problema de la distribución mediante una simple extrapolación de sus argumentos; el siguiente párrafo es muy iluminante al respecto:

“Así como el precio o valor de cambio de cualquier mercadería en particular se resuelve en una u otra o en todas estas tres partes; así el de todas las mercaderías que componen el producto anual del trabajo de una nación, tomado en su complejidad, debe resolverse en estas mismas tres partes, y repartidas entre los diferentes habitantes de un país ya sea como los salarios de su trabajo, las ganancias de su capital o la renta de su tierra”.

Un aspecto interesante de esta visión del problema de la distribución es la afirmación de A. Smith: “Todo otro ingreso se deriva en última instancia de alguna de estas tres fuentes”. Clarifica mucho esta afirmación, en particular la referencia que hace a que los impuestos y el interés proceden en forma mediata o inmediata de alguna o todas estas fuentes de ingreso (una clara noción del concepto de incidencia) y que en el caso del interés, éste procede de las ganancias que el prestatario tuvo oportunidad de hacer con el dinero obtenido en préstamo; en otras palabras, el interés no es la retribución a servicio productivo alguno.

Antes de proseguir con los determinantes de los salarios, ganancias y renta Adam Smith destina el capítulo VII al tema del precio natural y precio de mercado de las mercaderías. Se trata de un capítulo que ha ejercido una gran influencia en los desarrollos posteriores de la literatura económica relacionados con el problema de los precios en el corto y en el largo plazo. Este capítulo arranca con la noción de que en toda sociedad o vecindario existe un tipo promedio (ordinario o natural) tanto para el salario como para las ganancias del capital en sus diferentes empleos como también para la renta de la tierra. El énfasis que se ha puesto en la palabra “vecindario” (en inglés: neighborhood) es importante ya que dicha palabra se usa en el sentido equivalente a mercado. A los fines del análisis que sigue el salario, tipo de ganancia o renta naturales (costo de oportunidad) permanecen constantes.

Si el precio a que se vende una mercadería alcanza exactamente para pagar los servicios de la tierra el trabajo y el capital a su tipo natural entonces puede decirse que esta mercadería se vende a su precio natural. Si como consecuencia de un aumento o disminución de la demanda u oferta (o una combinación de ellos) el precio a que contemporáneamente se vende un bien (su precio de mercado) es mayor o menor que su precio natural entonces alguno de los componentes del precio de ese bien será remunerado por arriba o por debajo de su precio natural. Dependiendo de la naturaleza de esta señal se producirá un flujo o un reflujo del o de los servicios productivos cuyo valor imputado difiere de su costo de oportunidad lo que pondrá en marcha un proceso de ajuste del precio de mercado hacia su precio natural. Adam Smith, establece la siguiente conclusión:

“El precio natural, en consecuencia, es el precio central en torno al cual el precio de las mercaderías está constantemente gravitando”.

Un aspecto interesante de este problema se refiere a cuál será

el efecto sobre los precios de los servicios productivos. Sobre este aspecto Adam Smith señala:

“Las fluctuaciones ocasionales y temporarias del precio de mercado de cualquier mercadería recaen principalmente en aquellas porciones de su precio que se resuelven en los salarios y las ganancias. Aquella parte que se resuelve en la renta de la tierra es la menos afectada”.

Es apropiado señalar aquí la ingeniosa extrapolación que hace Adam Smith de estos argumentos para examinar el problema del monopolio donde, precisamente, no es posible incorporar servicios productivos adicionales en actividades (como la monopolizada) con retornos superiores a su costo de oportunidad:

“Los monopolistas, restringiendo la oferta de una manera permanente, nunca ofreciendo aquella cantidad que se vendería al precio natural, venden sus mercaderías por arriba de su precio natural y en consecuencia aumentan sus ingresos, ya sean éstos salarios o ganancias, muy por encima de tu tipo natural”.

Habría que esperar hasta Cournot (1838) para encontrar algo más sobre este asunto.

Capítulo 8

Un teorema de Adam Smith

“Siempre he pensado que este teorema es una de las más iluminantes y fructíferas generalizaciones que pueden encontrarse en toda la literatura económica”.

(Allyn A. Young)

Es notable el rol de la división del trabajo en la presentación que hace Adam Smith de su monumental obra "La riqueza de las naciones". Los tres primeros capítulos del Libro Primero presentan a la división del trabajo como principal causa de la productividad del trabajo, cambio tecnológico, acumulación de capital y progreso de una nación. El capítulo III: "La división del trabajo está limitada por la extensión del mercado" constituye a juicio del economista británico Lionel Robbins el capítulo más importante de la historia de la economía política. Se trata de un teorema que despertó mucho interés y no pocas reflexiones en los economistas que le siguieron. Y no es para menos, ya que este teorema trae consigo implicancias preocupantes: de ser ciertos los enormes aumentos de la productividad del trabajo dividido, que el ejemplo de la fabricación de alfileres sugiere, podría esperarse la proliferación de monopolios en la mayor parte de las industrias o, en caso de prevalencia de con-

diciones competitivas, se trataría de un teorema falso o irrelevante.

Los economistas clásicos, particularmente Ricardo, Senior y J.S. Mill se inclinaron en favor del teorema de Smith mediante el simple arbitrio de ignorar las condiciones para un equilibrio competitivo estable. Consideraban que el sector manufacturero disfrutaba de rendimientos crecientes, mientras que la agricultura estaba excluida en la presunción de que los rendimientos decrecientes de la tierra obliteraban las pequeñas ventajas provenientes de la división del trabajo.

Cuando Alfred Marshall reformuló los principios de la ciencia económica en 1910 el dilema no pudo continuar siendo ignorado y con el propósito de conciliar rendimientos crecientes y competencia elaboró tres teorías que aseguraban su compatibilidad: 1) desarrolló el concepto de economías externas, esto es, economías fuera del alcance de la firma y dependientes del tamaño de la industria, la región, la economía, o aún de todo el mundo, 2) enfatizó la muerte de empresarios exitosos y la improbabilidad de que una empresa cuente siempre con empresarios competentes, 3) las empresas enfrentan una demanda que posee cierta elasticidad de modo tal que los precios bajarían más rápido que los costos medios (un brillante anticipo de las ideas de competencia monopolística). Este esfuerzo de reconciliación duró algún tiempo pero con el desarrollo de la teoría de la firma el teorema de Smith fue pasando a un plano secundario. La noción de economías externas era una categoría nebulosa comparadas con algo tan concreto como son los costos de la firma; esto, unido al hecho de no ser fácilmente tratadas con los operadores convencionales, motivó que fueran olvidadas.

En 1928, en un célebre artículo aparecido en *The Economic Journal*, Allyn A. Young se refería al teorema de Smith de la siguiente manera: “Siempre pensé que este teorema es una de las más iluminantes y fructíferas generalizaciones que puede encontrarse en toda la literatura económica”. De todas maneras la contribución de Young no fue importante porque no resolvió las dificultades de incorporar la extensión del mercado en la teoría de los precios

competitivos.

En un artículo aparecido en junio de 1951 en el *Journal of Political Economy* (con el enunciado del teorema como título) George J. Stigler empezó a poner las cosas en su lugar no sólo en términos analíticos sino también en términos de magnitudes observables. Desde el punto de vista analítico y con el fin de hacer aplicable la teoría de la firma, Stigler tuvo la precaución de dividir la elaboración de un bien en procesos en lugar de dividirlo en operaciones como lo había hecho Smith con la fabricación de alfileres. Con esta metodología era posible considerar a cada proceso separadamente. Es posible que algún proceso disfrute de rendimientos crecientes, ¿porqué la firma no los explota y se transforma en un monopolio? Porque existen otros procesos sujetos a rendimientos decrecientes de manera tal que el costo promedio de producción no disminuye con el aumento de ésta.

Es muy probable que con la expansión de la industria, el proceso sometido a rendimientos crecientes permita a una empresa especializarse en dicho proceso. Pero la nueva firma es posible que no pueda actuar como monopolio desde que enfrentará demandas elásticas, cada firma tiene siempre la opción de retomar el proceso abandonado si el precio de la empresa especializada es lo suficiente grande. De modo que con el crecimiento de la industria aparecerán nuevas empresas especializadas en ese proceso. Todo esto conduce a economías externas para la empresa típica e internas para la industria de que forma parte pues siempre podrá adquirir de la empresa especializada el producto fruto del proceso abandonado a un precio menor que el costo de producirlo internamente.

Los aspectos empíricos de esta interpretación pueden obtenerse de hechos observables en materia de integración vertical. El teorema de Smith sugiere desintegración vertical en industrias crecientes e integración vertical en industrias declinantes. Las observaciones de Stigler sobre las tendencias en materia de integración vertical no resultaron concluyentes aunque, a manera de conclusión, señala: "Si uno considera las industrias a lo largo de su vida completa, el

8. Un teorema de Adam Smith

predominio de la desintegración vertical debe esperarse con seguridad”.

Capítulo 9

Adam Smith II

“He llegado a la inesperada y feliz conclusión que Adam Smith aprueba con honores (contrariamente al veredicto escocés ‘desaprobado’) un examen postmortem moderno; siempre que lo conduzcamos con el mínimo de caridad que se debe a un temprano pionero”.

(Paul A. Samuelson)

Los capítulos restantes del Libro I están destinados al problema de la distribución o sea los determinantes de los salarios del trabajo, las ganancias del capital (stock) y la renta de la tierra. El capítulo VIII trata de los salarios del trabajo señalando que son el resultado de la negociación entre trabajadores y patrones en la cual, según Adam Smith, los patrones tienen mayores ventajas; de todos modos el salario resultante no puede ser menor a lo que ha venido a conocerse como “salario de subsistencia”. Este salario de subsistencia, aún en los estratos más bajos de la población, tiene que alcanzar no solamente para mantener al trabajador sino también permitirle tener y alimentar una familia de manera tal que, superada la incidencia de las altas tasas de mortalidad infantil, por lo menos dos hijos lleguen a la adultez. Interesado en la cuestión

de cuan cerca estaban los salarios de la Inglaterra de entonces del nivel de subsistencia, Adam Smith examina con mucho ingenio diversos elementos estadísticos: salarios en invierno y verano, precio de las provisiones, salarios rural y urbano, salarios durante períodos prolongados, etc., concluyendo:

“En Gran Bretaña los salarios del trabajo parecen, en los tiempos actuales, ser evidentemente mayores de lo que es exactamente indispensable para permitir al trabajador establecer y mantener una familia”.

Para comprender el pensamiento de Adam Smith en materia de salarios es necesario tener presente que la oferta en el largo plazo está gobernada por el crecimiento poblacional. En este aspecto tanto Smith como la Escuela Clásica que le siguió compartieron los puntos de vista de William Petty y de Richard Cantillon sobre este asunto: una alta respuesta poblacional al estímulo de una buena provisión de alimentos acompañada con altas tasas de mortalidad infantil. Es oportuno mencionar aquí que Adam Smith consideraba al incremento de la población como la señal más decisiva de la prosperidad de un país. La demanda de trabajo, por otra parte, está gobernada por los “fondos” destinados al pago de salarios: típicamente lo que se conocía entonces como “adelantos anuales” (Stuart Mill bautizaría esta concepción como Teoría del Fondo de Salarios). Una apreciación interesante de Adam Smith es que las clases trabajadoras se ven favorecidas con el crecimiento de estos fondos destinados al pago de salarios de una manera tal que los salarios en una sociedad rica pero estacionaria (la Inglaterra de entonces) son menores que los salarios de una sociedad menos rica pero progresiva (las colonias de América del Norte). En una sociedad progresiva el salario puede estar por encima del salario de subsistencia durante períodos prolongados. En sociedades estacionarias o regresivas, sobretodo en las últimas, el estado de las clases trabajadoras puede llegar a niveles desesperantes.

El capítulo IX se ocupa de las ganancias del capital (profits of the stock). En relación a este tema Adam Smith comienza su exposición señalando la dificultad que existe en establecer el porcentaje típico de ganancia en un momento determinado (hoy en día también lo es). Tampoco ignora que la tasa de ganancia incluye el salario para el empresario por su trabajo de control y dirección. No obstante ello, para tener una idea de la misma, recomienda el empleo del interés que se cobra por el dinero dado en préstamo, en la presunción de que dondequiera que mucho pueda hacerse con el empleo del dinero tanto mayor será lo que entregue por su uso. Hay un pasaje en este capítulo en el que comenta la relación contemporánea existente entre el tipo de interés y la tasa de ganancia:

“La proporción existente entre la tasa de interés y el tipo ordinario de ganancia varía cuando esta última sube o baja. En Gran Bretaña se estima que el doble de la tasa de interés es considerado por los comerciantes una ganancia buena, moderada, razonable”.

Con este argumento en mente Adam Smith examina el comportamiento de la tasa máxima legal de interés en Inglaterra durante más de doscientos años anteriores al momento en que escribe. La tabla siguiente sintetiza sus observaciones:

Año	Tasa de Interés
1546	10 %
1624	8 %
1661	6 %
1714	5 %
1755	4 %

La marcada tendencia decreciente de la tasa de interés durante este período debió haber sugerido a Smith que algo similar pudo haber estado ocurriendo con la tasa de ganancias del capital

invertido, hecho que atribuyó a la competencia que se produce a medida que el capital de los comerciantes se vuelca en un mismo ramo (en el capítulo IV del Libro II dará Smith una explicación más satisfactoria: la creciente dificultad de encontrar nuevas áreas de inversión). Este hallazgo debió haber impresionado mucho a Adam Smith a punto tal que en los párrafos introductorios del capítulo que se comenta ya señala los efectos que sobre la tasa de ganancia tendrá un aumento o una disminución de la riqueza de una sociedad y que si bien un aumento de ésta favorece al salario del trabajador, tiende a disminuir aquella.

Esta caída en el tipo de ganancia, puede advertirse aquí, es el efecto inescapable del proceso de acumulación del capital en ausencia del progreso tecnológico. Esta visión hará carne en los economistas clásicos que le siguieron y fue David Ricardo el primero en hacer una interpretación analítica de la misma en 1817, la que mereció el siguiente juicio de George J. Stigler (Premio Nobel de Economía 1982): “medido por el significado de las variables y la manejabilidad de su sistema Ricardo presentó lo que probablemente sea el más impresionante de todos los modelos de análisis económico”.

El capítulo X empieza con lo que se considera la proposición más sustantiva de toda la ciencia económica:

“La totalidad de las ventajas y desventajas en los diferentes empleos del trabajo y el capital deben, en el mismo vecindario, ser perfectamente iguales o estar continuamente tendiendo a la igualdad”.

Cualquier diferencial en algún empleo de esos factores que fuera más o menos ventajoso que el resto pondrá en marcha un proceso de arbitraje que pronto pondrá sus ventajas al nivel de los otros empleos. Tendencia que, Smith señala, tiende a ocurrir cuando se opera en condiciones que modernamente llamaríamos competitivas.

En presencia del hecho de que los salarios y las ganancias en los diferentes empleos eran extremadamente diferentes en la Europa de entonces, Adam Smith establece que las mismas proceden de dos fuentes diferentes: a) de la naturaleza de los empleos mismos, b) de las políticas seguidas en Europa que no deja las cosas en perfecta libertad.

En relación con la naturaleza de los empleos Adam Smith establece, precedido en gran parte por Cantillon, las célebres cinco causas por las cuales bajos salarios en algunos empleos pueden compensar los altos salarios que se pagan en otros: 1) lo agradable o desagradable de los empleos mismos. Algún género de estigma puede ser compensado con un salario más elevado y señala, a modo de ejemplo, los salarios del carnicero, el tabernero y el verdugo; actividades que se desarrollan en ambientes insalubres o que conllevan el riesgo de accidentes, señala Smith, deben incluirse en este rubro; 2) la facilidad y baratura o la dificultad o costoso de su aprendizaje. Muy en consonancia con las nociones modernas de inversión en capital humano. Sin embargo Smith concede en otros pasajes la posibilidad de que alguna facultad innata pueda explicar parte de la retribución en profesiones como la de médico o abogado; mientras que en poesía o filosofía casi todo el ingreso proviene de aquellas facultades; 3) el grado de permanencia de dichos empleos. Da aquí el ejemplo de los obreros de la construcción; 4) la mayor o menor confianza que debe depositarse en quienes lo ejercitan y 5) lo probable o improbable de tener éxito en ellos. Sobre este último aspecto Smith señala la propensión humana a sobrevaluar las probabilidades de éxito y la de subvaluar las probabilidades de fracasar; asunto que introduce algún género de irracionalidad (sobre todo en la juventud) en los cursos de acción de los hombres.

Las políticas que se siguen en Europa ocasionan otras desigualdades mayores aún y ello por tres razones: a) limitando la competencia en algunos empleos a un número menor del que de otra manera habría ingresado en ellos; b) aumentando en otros el número de los que naturalmente habría entrado en ellos y c) obstruyendo

la libre circulación del trabajo y capital de empleo tanto entre diferentes empleos como entre diferentes lugares. Cuando la pregunta pasa por las circunstancias que afectan a las ganancias del capital Adam Smith señala:

“De las cinco circunstancias que hacen variar a los salarios sólo dos afectan las ganancias del capital; lo agradable o desagradable del negocio, y el riesgo o seguridad con el que éste se atiende”.

El capítulo XI se ocupa de la renta de la tierra. Lo curioso es que este capítulo está precedido por el que examina los diferenciales en los salarios del trabajo y las ganancias del capital. Un examen mas detenido revelará que también existen diferenciales en el precio que se paga por el uso de la tierra y que Smith señala procede de su fertilidad, cualquiera que sea lo que produce, o de su ubicación, cualquiera sea su fertilidad. La influencia de la ubicación de la tierra (con relación a un centro de consumo) en la renta que produce fue visualizada correctamente por Adam Smith cuando señala que parcelas de igual fertilidad pero con distancias diferentes recibirán rentas relacionadas con los respectivos costos de transporte. También advierte el efecto sobre las rentas que traen consigo mejoras en los caminos, canales y ríos navegables. El tratamiento del efecto ubicación fue breve pero correcto y en muchos aspectos anticipa los desarrollos teóricos de Johann Heinrich von Thunen aparecidos en las entregas de 1826 y 1842 de su obra *Der Isolierte Staat*.

Smith fue más extenso en el tratamiento de las rentas procedentes de la fertilidad de la tierra. Sigue la tradición de considerar la renta como un excedente que surge de restar del total producido el valor de la semillas y el mantenimiento de los trabajadores con sus respectivas ganancias. También distingue tierras con fertilidad o calidad diferente:

“Un campo de fertilidad moderada sembrado con trigo produce más alimento para el hombre que la mejor tierra de igual tamaño destinada al pastoreo”.

Deja entrever y examina casos históricos en que el cambio de los precios relativos permite a la tierra destinada a la pastura disfrutar de rentas tan elevadas como las destinadas al trigo con el consiguiente cambio en el uso a que esas tierras se destinan.

Otro aspecto interesante es la noción que la renta no interviene en la composición del precio de los productos agrícolas del mismo modo en que lo hacen los salarios y las ganancias sino que es una consecuencia de aquel (del precio). Se rescata como importante el siguiente pasaje al respecto:

“Salarios y ganancias altos o bajos, son causa de un precio alto o bajo; rentas altas o bajas son la consecuencia de éste”.

El argumento de Adam Smith está basado en un buen sentido y una profunda intuición. Modernamente, la interpretación es que la naturaleza residual de la renta tiene validez al nivel de agregados: al nivel de la actividad agrícola como un todo; pero desde el punto de vista de un agricultor o del usuario potencial de una parcela su renta es un costo de oportunidad (ver Apéndice).

Un examen analítico de la proposición smithiana habría de obtenerse luego con el auxilio de la ley de los rendimientos decrecientes, con la aparición simultánea de los trabajos de Edward West, David Ricardo y Thomas R. Malthus en 1815, precedidos (sin que ellos lo supieran) por James Anderson en 1777. Es apropiado señalar aquí que en la obra de Adam Smith no existe indicio alguno de la ley de los rendimientos decrecientes en ninguna de sus formas.

La última parte de este capítulo concluye con una larga digresión sobre la plata. La opinión de Mark Blaug sobre esta última porción del Libro I merece ser transcripta a continuación:

“La tesis general es que los productos agrícolas suben de precio con el progreso de la economía, mientras que el de los productos manufacturados tiende naturalmente a bajar. Este es el origen de la famosa noción clásica que la agricultura opera en condiciones de rendimientos decrecientes, mientras que la industria disfruta de rendimientos crecientes, rendimientos definidos en un sentido histórico. El lector que omite esta sección porque se llama ‘digresión’ pierde una de las secciones más interesantes de La Riqueza de las Naciones.” (Economic Theory in Retrospect, 5ta edición, pag. 52)

APÉNDICE

Análisis Moderno de la Proposición Smithiana

El siguiente análisis de la intuición de Smith usando la teoría moderna de la firma ayuda a comprender la naturaleza residual de las rentas de la tierra. Un agricultor cultiva trigo en una parcela de tierra homogénea con una superficie de S hectáreas. Emplea un servicio productivo variable (V) que tiene un precio P_V . El precio del trigo es P^* la tonelada el que no es afectado por las decisiones del agricultor.

La condición de corto plazo para que la actividad sea rentable es que la cantidad de servicio productivo variable a usar debe cumplir con las siguientes condiciones: $CMa = P^*$ y $CVMe \leq CMa$. Donde CMa es el costo marginal y $CVMe$ es el costo variable medio.

El precio P^* puede expresarse mediante la siguiente igualdad:

$$P^* = CVMe + \rho$$

donde ρ es la renta de la tierra expresada como fracción del precio del producto.

Si la cantidad producida es Q toneladas de trigo $P^* \times Q$ es el valor de la producción, la que puede expresarse de la manera siguiente:

$$\begin{aligned}P^* \times Q &= (CVM_e + \rho)Q \\ &= (CVM_e)Q + \rho Q\end{aligned}$$

Como puede apreciarse el valor monetario de la producción se resuelve en el costo total del servicio productivo variable más la renta residual para el servicio productivo fijo tierra.

Si R es la renta por hectárea cultivada, debe cumplirse la siguiente igualdad:

$$\begin{aligned}R \times S &= \rho Q \\ R \times S &= (P^* - CVM_e)Q \\ R &= \frac{(P^* - CVM_e)Q}{S}\end{aligned}$$

con lo que queda expresada en pesos por hectárea.

Seminario de posgrado de Historia del Pensamiento Económico

Listado de Graduados

- | | |
|------------------------------|------------------------------------|
| ANGARITA, José G. (2004) | CATALÁN, María J. (2002) |
| AUAD, Jorge A. (1996) | CERRO, Ana M. (1995) |
| AVANZINI, Diego B. (2001) | DAGUM, Rodolfo (1996) |
| ÁVILA, Cristian S. (2003) | DE GREGORIO, Graciela (2009) |
| BARALO O., R. A. (2003) | DE LAFUENTE, Gisela A. (2004) |
| BARENGO, Nicolás G. (2002) | DELAJARA, Jaime M. (1999) |
| BENITO, Antonio D. (1996) | DI LULLO, Santiago M. (1997) |
| BENITO, Juliana M. (2002) | DIOSQUE, Juan C. (1998) |
| BENITO, Giselle I. (2004) | FERULLO, Hugo D. (1995) |
| BENITO, Ricardo J. (2010) | FOGUET, Santiago (2001) |
| BERCOFF, José J. (1999) | FOURMANTIN, Francisco G. (1996) |
| BRUNET, Juan R. (1996) | GANUM, Naim Juan (2009) |
| BULACIO, José M. (1995) | GARCÍA, Antonio R. (1995) |
| CALDELARI, Héctor H. (1997) | GARMENDIA, Santiago (2008) |
| CANO, Adolfo E. (2007) | GATTI, María F. (2005, 2008) |
| CARDONA Q., John A. (2003) | G. LELONG, Adriana M. (1996, 2001) |
| CARLINO, Bernardo P. (1996) | GRANADO, María J. (2004) |
| CASTELLANOS, Julio A. (1997) | GRINBLAT, Luis A. (2005) |

- HAGA, María de las M. (2002)
HOURCASTAGNE, Clara Virginia (2009)
IAJYA, Víctor D. (2002)
ISGRO, Christine A. (2006)
JARMA, Nora M. (1995)
JORRAT, Juan M. (1995)
LEGUIZAMÓN, María C. (2001)
LÓPEZ Ch., Federico Saúl (2009)
LOVERA F., Diego (2002)
LUCERO, Marcos A.(2001)
LLAMOSAS D., Oscar (2002)
MACIAN, Liliana A. (1995)
MERLO, Juan J. (2003)
MICHEL, Sergio (1999)
MICHEL R., Andrés D. (2004)
MIRABELLA, María C. (1995)
NANNI, Franco E. (1995)
NOUGUES, Jorge P. (1999)
PAZ C., Florencia (2009)
PAZ N., Máximo J. (2004)
PEÑA, José A. (1999)
PERO, Pablo A. (2010)
RAMIREZ C., Ramón I. (2002)
RIOS, Raúl E. (1999)
RISCO, Juan P. (2005, 2008)
RIVAS, María L. (2004)
RODRIGUEZ M., Elio E. (2004)
SANCHEZ, Gerardo (2009)
SANT, Bruno (2007)
VALDERRABANO, Víctor R. (1997)
VIEJOBUENO, Benjamín (2009)
WALLBERG, Gustavo F. (1998)

Bibliografía consultada

- BLAUG, Mark; **Economic Theory in Retrospect** (5th edition), Cambridge Univ. Press, 1996.
- CANTILLON, Richard; **Ensayo Sobre la Naturaleza del Comercio en General**, Fondo de Cultura Económica, México, 1950.
- CORTÉS CONDE, Roberto; **Historia Económica Mundial. Desde el Medioevo hasta los tiempos contemporáneos**, Ariel, Bs. As., 2005.
- FERNÁNDEZ LÓPEZ, Manuel; **Historia del Pensamiento Económico**, A-Z editora, Bs. As., 1998.
- GONNARD, René; **Historia de las Doctrinas Económicas** (traducción de la segunda edición francesa de 1930), Editorial Aguilar, Madrid.
- HECKSCHER, Eli F.; **La Época Mercantilista**, Fondo de Cultura Económica, México, 1943.
- HUME, David; **Writings on Economics** (ed. By Eugene Rotwein), The Univ. of Wisconsin Press, Madison, 1955
- KNIGHT, Frank H.; “Economics”, Enciclopedia Británica, 1951.

- LETWIN, William; **The Origins of Scientific Economics**, Methuen and Co., Ltd, 1963.
- MONROE, Arthur Eli (ed); **Early Economic Thought**, Harvard Univ. Press, 1924.
- ROBBINS, Lionel; **A History of Economic Thought, The LSE Lectures** (ed. By Medema, S.G. and Samuels, W.J.), Princeton Univ. Press, 1998.
- ROOVER, Raymond de; “Ancient and Medieval Thought”, International Encyclopedia of the Social Sciences, Tomo 3, 1972.
- SCHUMPETER, Joseph A.; **History of Economic Analysis**, Oxford Univ. Press, 1954.
- SMITH, Adam; **The Wealth of Nations** (reimpresión de la edición hecha por Edwin Cannan, Londres: Methuen, 1922). The Modern Library, New York.
- VILLANUEVA, Javier; “El Comercio Internacional en Turgot y los ‘Economistas’ Franceses del Siglo XVIII”, Bs. As.: Instituto Torcuato Di Tella, Agosto de 1984.
- ZALDUENDO, Eduardo A.; **Breve Historia del Pensamiento Económico** (3ra. Edición), Bs. As.: Ediciones Macchi, 1998.